

Miguel de Valencia

Glosas de la cultura actual

Recientes trabajos de investigación han permitido reconstruir, al menos idealmente, la sin par Tenochtitlán, bella capital de Moctezuma.

Profesores de arqueología y estudiosos antropólogos están empeñados en la tarea de fijar con exactitud la vida y las condiciones materiales de los aztecas que hubieron de entenderse con las huestes de los conquistadores españoles. He aquí algunas de sus más recientes afirmaciones.

En México han desaparecido los canales que atravesaban la primitiva y vieja ciudad. Las aguas del lago casi legendario están ahora a más de una legua de la ciudad. También desaparecieron los jardines en esta región arenosa, prácticamente estéril, por obra y gracia de la civilización y del progreso. Igualmente ya no existen las calzadas que relacionaban la ciudad indígena con la tierra firme.

Por una de esas calzadas entraron los españoles que aniquilaron el poderío azteca. Por otra se batieron en retirada las fuerzas de Cortés en aquella Noche Triste. Hoy día, las avenidas de cemento cubren las huellas de ciertas calles estrechas, que antaño tenían jardines como extendido pórtico de las mansiones más humildes.

Los artistas tratan de reproducir en bellos dibujos la gracia del palacio imperial. Y los colores imitan aquellas piedras porosas, los jaspes y los pórfidos.

Nadie ignora la grandiosidad del famoso calendario azteca, esculpido en una sola mole que pesa cerca de cincuenta toneladas, y cuyos dibujos se han convertido en tema decorativo del arte moderno.

Los cultores de la zoología nos dicen que los aztecas tenían un jardín zoológico y un museo humano de verdaderos monstruos: hombres enanos, deformes; prestidigitadores, saltimbanquis. Sabido es que Hernán Cortés envió un par de ellos a Roma, para diversión del Papa Clemente VII.

La ciudad de Moctezuma era hermosa. El boato de su corte impresionaba a los pueblos vecinos y vencidos. Pero este lujo sólo podía ser mantenido a costa de un gobierno dictatorial, y en virtud de enormes tributos. Esto, sin embargo, no impidió que las gentes vivieran, durante muchos años, en un régimen casi patriarcal.

A los hombres casados se les entregaba un lote de tierra. Ahora bien, esta propiedad temporal volvía a manos de las autoridades, si las tierras no eran bien cultivadas. He ahí el gran progreso de la agricultura.

Es interesante comparar la distribución de las viejas ciudades y ponerlas en parangón con las urbes modernas. Y así nos damos cuenta de que nuestros progresos ya fueron intuídos en fechas casi olvidadas.

El trazado de la que fuera bella ciudad de Moctezuma suscita, en nuestros días, interesantes problemas arquitectónicos y de contenido social, humanístico. Es como el reflujo de una historia que ya fué, pero cuyos ecos no se han desvanecido todavía.

* * *

El escritor francés André Malraux es un existencialista original, quizás sin proponérselo. Desde sus primeras obras ha repetido que los hombres, al tomar conciencia de la vida, sienten una angustia indefinida. Para evadirse de esta obsesión, sólo hay un camino correcto: actuar con energía, intervenir en la lucha, pero en una lucha que tiene proyecciones artísticas.

Ahora, uno de sus más recientes libros ha sido traducido a varios idiomas. Se trata de una *Psicología del Arte*, en la que ha plasmado sus ideas estéticas, a través de un museo imaginario. Las conexiones más sorprendentes se establecen en una visión gigantesca. Estudia el arte moderno y sus vinculaciones con Grecia y Bizancio. Salta del arte primitivo al gótico. Ilumina las fibras sutiles que unen el arte de los mayas y aztecas.

Quizás la observación más interesante sea la que hace referencia a la predisposición artística innata en el hombre, desde la época en que, con mano temblorosa, el hombre trazó sus primeras concreciones en la pintura rupestre.

André Malraux ha tenido siempre la obsesión del humano destino. En todas sus novelas, a través de la ilusión lírica de "*L'Espoir*", o del realismo trágico de "*Les Noyers d'Altemburg*" se palpa la preocupación por la humana aventura. Tal preocupación le ha llevado a estudiar los motivos que mueven al hombre desde hace milenios.

Por lo general, los protagonistas de sus obras son verdaderos despojos humanos, a quienes la resaca de los acontecimientos trae y lleva, hasta que, sin esperarlo, un renacimiento de la energía los hace encontrarse.

El escritor que se hiciera famoso con su obra titulada "*La condición humana*" ha sido intérprete de luchas político-económicas de su tiempo. En situaciones de encrucijada ha sido aviador. Su nave aérea ha surcado los cielos de países en guerra. Y sus experiencias han ido cristalizando en interesantes facetas de sus libros. De ahí el hondo sentido humano que se advierte en todos sus personajes.

Su interesante "*Psicología del Arte*" se convierte en un profundo ensayo documental. Para estudiar el destino humano ha tenido que apoyarse en la línea ondulante de la creación y del instinto estético.

André Malraux pasará a la historia literaria como el hombre de grandes inquietudes filosóficas. En Francia se han publicado varias tesis doctorales en torno a los matices de su pensamiento. Traducciones recientes contribuirán a difundir una obra de indudable valor.

* * *

Destinadas a diversos museos, se han hecho reproducciones del mapa más antiguo del mundo. Está hecho sobre una tableta de arcilla. Posiblemente, su fecha de origen se remonta a veintisiete siglos antes de Cristo. Representaba el mundo, y sobre él están señaladas las invasiones de Sargón de Agade. Todo el dibujo está ceñido por una corriente impetuosa, tal vez por el llamado Río Amargo. Lejos, en uno de sus bordes, queda señalada la región "donde el Sol no puede ser visto".

Desde antaño los hombres creyeron que su país era el centro del orbe, rodeado por un océano circular, con precipicios traicioneros. Estas ideas tuvieron vigencia durante siglos. Algunos de los marinos que acompañaban a Colón temían ser tragados por esos precipicios insondables.

La preocupación de fijar los verdaderos contornos de la Tierra se remonta a muchos siglos de historia. Tales de Mileto decía que nuestro planeta era un disco que flotaba sobre el agua, la cual, a su vez, era el elemento generador de todas las cosas. Recordemos que este hombre, además de insigne filósofo, era un ciudadano práctico.

Los egipcios cultivaron la ciencia de los mapas, si bien referidos a determinadas localidades. En muchas obras de arte se reproducen sus cartas geográficas, destinadas a tener localizadas las hipotéticas minas de oro.

Diversos han sido los viajeros de la antigüedad que hicieron mapas. Y por lo general, coincidían en admitir dos continentes separados por el Mediterráneo.

Sólo a partir de la época de Eratóstenes se emplearon métodos que bien podrían llamarse científicos. En efecto, fué este hombre el primero que utilizó los meridianos y los paralelos en su verdadero sentido. Creyó siempre que el mundo tenía la forma cuadrada, y que el Océano Atlántico era vastísimo. Pero se anticipó a la idea de circunnavegación. Y aseguró que desde España se podía llegar a la

India, siguiendo el mismo paralelo. He ahí una luminosa intuición, demostrada siglos más tarde.

El mapa más antiguo del mundo debió de ser obra de muchos y esclarecidos hombres de ciencia. El Río Amargo, que ceñía las tierras conocidas, debió de tener un sentido mágico, quizás una significación filosófica. A tantos siglos de distancia, el hombre actual puede entender aquellas amarguras.

* * *

La evocación de los temas orientales suele acelerar los ritmos de la fantasía. Cuando hablamos de la China y del Japón, el pensamiento discurre por zonas complicadas, como si la vida y el espíritu de aquellos pueblos aceptase lo absurdo como posibilidad, lo enigmático en calidad de razón transparente. Quizás contribuye a ello el mecanismo sugerente de una lengua, la figura conceptual de un modo expresivo tan amante de ecuaciones idiomáticas en las que se ha escamoteado el nexo que las relaciona y explica.

Siempre que el hombre chino quiere hablar de sus templos budistas, diseminados hasta en las pequeñas aldeas, lo hace en términos de concisión, presentando el principio y final de una ruta lingüística.

Para un occidental esto es casi incomprensible. Y al adivinador lo que no es otra cosa que simplicidad expresiva, inventa, sugiere lazos de unión, a veces desorbitados.

Sin embargo, con frecuencia, la vida, el meollo existencial de un pueblo está lejos, al margen de lo que puede ser una especie de literatura para la exportación. Un error que se repite en algunos pueblos excesivamente obstinados en crear una literatura nacional a base de elementos naturalistas, románticos, boreales, por lo general a espaldas de la realidad.

Por esta razón, cada vez que un testimonio directo confirma nuestras suposiciones, experimentamos la satisfacción del viajero que

asienta sus plantas en la ruta madre, en la única que no conduce al extravío.

Siempre habíamos creído que la vida hogareña y ciudadana de los chinos, sus convicciones religiosas, eran fundamentalmente sencillas, que lo enigmático del alma oriental era un simple y trabajado producto de exportación. Y así es, en efecto. La realidad se deforma y transforma hasta límites inconcebibles, cuando sale a correr por los ámbitos del mundo.

Como es sabido, en las ciudades chinas abundan locales dedicados a los dioses. En mínimas aldeas se yerguen templos, propiedad de todos los habitantes, siempre vigilados por los ancianos del lugar. Son por lo general, templos budistas con sus gigantescas imágenes, que simbolizan, en cierto modo, la pureza, el poder de fuertes vendavales, la furia de los terremotos. Entre los ídolos, Buda se prodiga en tres figuras distintas, que representan el pasado, el presente y el porvenir. Los “tres limpios”, los “tres preciosos” y los “tres mandarines” forman la pléyade de graves personajes anegados diariamente en nubes de incienso, a base de sándalos y arcilla.

Cualquier chino que visita un templo lo hace en afanes de petición, ya que sus dioses deben entregar bienes a cambio de suaves efluvios perfumados. Lo habitual es pedir hijos, riquezas, vida larga, salud, un empleo del Estado. Y así, los ídolos adquieren un matiz poético, un valor que en otras latitudes queda reservado a los campeones de la política.

La sencillez preside toda ceremonia, cualquier “sacrificio” de altos vuelos. Los sacerdotes aceptan con ironía las voces de fríos oráculos. Saben que todo es posible en el vivir feliz o acongojado. Y mezclan los finos rituales de su veneración con todo lo que es realidad y simplicidad. Muchas veces, los brazos de los ídolos, la panza rotunda del gran Buda, el cayado de Veito, “el discípulo”, sirven para amarrar las cuerdas, percha y balancín, en donde los vahos perfumados ayudan a secar prendas íntimas de algunos fieles sorprendidos por los aguaceros.

Recientes obras sobre la China ponen el énfasis evocador en un templo dorado, en un pueblecito próximo a Pekín, con la caricia de un brazo curvo y fluvial, en las faldas de un altozano, siempre esmaltado de rosas, en cuyas sendas iniciales se advierte: “¡Habéis llegado a la Montaña de las Cien Flores!”

Tal vez, desde las estribaciones de las prácticas religiosas se puede llegar hasta las zonas vírgenes de un pueblo. Y ello a pesar de un hermetismo cultivado con finalidades literarias.

* * *

Las revistas científicas suecas invocan el nombre de Linneo para celebrar un Congreso Internacional de Investigaciones Botánicas.

He ahí, pues, que cobra actualidad el “Reloj de Flora”.

Este título incita a pensar en el cronómetro de alguna gentil matrona, esclava del diario girar de las saetas. Pero no es así, ya que se hace referencia a una creación del sin par Linneo.

Hablar del “Reloj de Flora” exige la evocación de una anécdota. Se dice que cierta vez el botánico sueco, el gran investigador, recibió, allá en su país natal y procedente de un lejano país de los trópicos, una planta con una flor hermosísima en su centro. Quedó Linneo prendado del encanto de la flor. Todo el día estuvo mirándola. Por la noche, antes de acostarse, quiso dedicarle una última mirada. Pero la flor había desaparecido. Ahora bien, al día siguiente, apenas despierto, se acercó de nuevo a su planta querida, y halló la flor en su sitio, sin que nadie la hubiese tocado. Observaciones sucesivas le dieron la clave del misterio. La planta dormía, es decir, al llegar la noche se replegaba sobre sí misma, en términos que pasaba inadvertida, para abrirse de nuevo, soberana y espléndida, en el próximo amanecer.

He ahí, pues, que registrando las flores que se abren a cada una de las horas del día se pudo componer ese “Reloj de Flora”,

que tantos beneficios ha prestado en la investigación botánica de todo el orbe.

¿Acaso duermen las plantas?

Duermen y viven con un sin fin de maravillosas complicaciones. Sus movimientos desconciertan a los hombres de ciencia. Anotando continuas y meticulosas observaciones, se obtiene una imagen casi real de los misterios vegetales, una imagen que alguien diría diabólica.

Como es sabido, en nuestros días se habla de una psicología animal. Como era lógico, el amplio mundo de las plantas también ha sido explorado en profundidad y en extensión. Y nadie duda en hablar de una minuciosa sensibilidad de los vegetales. Desde antaño se ha venido repitiendo el milagro de la Mimosa púdica, de esa planta que se pliega y se retuerce cuando una mano la toca levemente. Algunos viajeros nos han dejado páginas sugestivas al explicar el efecto maravilloso que las pisadas producen en el suelo en que espontáneamente crecen las sensitivas en la América tropical. El ánimo capaz de apreciar las bellezas naturales siente asombro, sorpresa y arrobamiento.

Las flores del tulipán y del rocío del sol vibran durante las horas del sol, y reposan cuando la noche descende sobre ellas.

Invocar el nombre de Linneo entraña una emoción de matices altamente científicos. Aunque la ciencia botánica ha progresado considerablemente, las aportaciones del sabio sueco están presentes en la mayoría de los trabajos actuales.

Podría decirse que todas sus grandes ideas están clasificadas en aquella su obra monumental, titulada *Filosofía botánica*. Su genio proporcionó al mundo científico una clasificación botánica de las plantas en veinticuatro clases, fundada en la disposición característica de los estambres. También creó subdivisiones de las clases de acuerdo con la disposición de los carpelos que forman los pistilos.

Sus estudios monográficos sobre determinadas plantas despertaron un entusiasmo universal.

En nuestros días, tan pletóricos de preocupaciones psicológicas, aquel "Reloj de Flora" se ha convertido en un delicado cronómetro con el que los hombres de ciencia observan y sorprenden la duración de los más variados tropismos del mundo vegetal.

Y no será extraño que espíritus científicos, ultrasensibles, nos lancen alguna dolorosa admonición, cada vez que devoramos los frutos de la tierra, ya que, muchas veces, hasta una sabrosa manzana se retuerce de dolor entre los dientes impenitentes y los labios ávidos de dulzor.

* * *

En breve, la primera ciudad neerlandesa, Amsterdam, será la sede de una exposición de carácter excepcional. "La Exposición del Atomo". En ella habrán de participar varios países. Su finalidad no es otra que demostrar al mundo la enorme importancia de la energía atómica. Figurarán diversos aspectos temáticos en relación con el terrible átomo. Tales, por ejemplo: la desintegración nuclear, extracción de isótopos radioactivos, irradiaciones cósmicas, y la alquimia moderna, es decir, la conversión de un elemento en otro elemento.

Los organizadores de esta Exposición Atómica Internacional pondrán a disposición de los delegados los raudos aviones de las líneas intercontinentales, naves aéreas que llevan los nombres de Photon, Neutrón, etc.

El átomo tiene una importancia decisiva en nuestra manera de concebir la vida. Antaño ya se escribieron anticipaciones sobre la posible desintegración de los elementos. Quizás fueron los griegos los primeros que interpretaron el sentido del mundo, dejando a un lado las obcecaciones del fanatismo politeísta. De esta forma, el centro de gravedad se trasladaba de los dioses vengativos y vulnerables al hombre que discurre y labora. Con razón se ha dicho que Leucipo y Demócrito representan el movimiento precursor de la ciencia atómica de nuestros días. Pero sus ideas no tuvieron cultivadores de valía y tesón. Y sus intuiciones fueron olvidadas durante siglos.

Hace algunos años, muy cerca de nosotros, el profesor español Rodríguez Delgado publicó una *Introducción a una Filosofía de la Era Atómica*. En su obra formula interesantes hipótesis acerca de los inminentes cambios en la postura vital de las sociedades.

La Exposición Atómica anunciada tiene una finalidad humanística, ya que interesa decirle al hombre la urgencia de utilizar racionalmente las fuerzas físicas y los recursos de la naturaleza.—M. de V.